

Del VIAJE DE PIETRO DELLA VALLE “IL PELLEGRINO”

Primera parte

E G I P T O



CARTA UNDÉCIMA

desde Egipto, a 25 de enero de 1616

I.11.02 – Llegada a Alejandría y viaje a El Cairo



Alejandría. Antiguo grabado del s. XVI.

**11ª CARTA desde El Cairo
entrega I.11.02
Llegada a Alejandría y
viaje a El Cairo.**

En la entrega anterior (I.11.01) el Señor della Valle describe su estancia en Cos, el viaje a la isla de Rodas y su irritación ante las que considera malas maniobras de los marinos turcos que no consiguen llevar a la nave hasta el puerto y se demoran en su llegada a Alejandría...

“Ya podéis imaginar las maldiciones que le dedicábamos, tanto al piloto, como a los marineros. Desde luego, de toda la gente, yo era el que andaba más encolerizado, porque me habían llevado al colmo de la paciencia; así que cogí mi *boussole*, y les traté cien veces de bestias e ignorantes. Algunos turcos de clase alta que nos acompañaban, vinieron a mí y me rodearon, como los que creen, cuando ven a alguien que habla más que los otros, que tiene sentido común, diciéndome que yo tenía razón al demostrar de ese modo mi enfado...”

El Señor della Valle llega al Puerto de Alejandría.

Armé tal alboroto, que para apaciguarme vinieron a darme satisfacciones los pilotos de más antigüedad, trayendo consigo sus instrumentos de navegación, y dando como excusa el que, a causa del enorme volumen de nuestro barco, tuvieron que alejarse para evitar los escollos que hay hacia poniente. Finalmente, nos pusimos de acuerdo; sobre todo porque yo ya no podía mantener por más tiempo mi enfado, y porque el día 25, por la noche, entre las dos o las tres de la madrugada, tocamos fondo en la desembocadura del Puerto de Alejandría, adonde el galeón pudo al fin aproximarse.

Mucho me complacería describiros con mucho detalle las aves migratorias, y otras muchas que he divisado sobre el mar; pero solo os puedo comentar que, conforme a lo que he observado, soy de la misma opinión que Belonio, cuando afirma que casi todas las especies de pájaros cruzan el mar, excepto unos pocos que, a causa de su delicada complexión, solo pueden vivir en tierras que les sean propicias por su clima frío o cálido.

Descripción de la ciudad de Alejandría.

Esa noche me quedé a dormir en el barco, pero por la mañana, tras una salva de nuestra artillería, como saludo al castillo, que la recibió de buen grado, desembarqué con mi gente, y junto al mar encontré al trujimán y a los genizaros del Señor Gabriel Fernosi, cónsul de Francia, que reside allí, y teniendo noticias de mi llegada, había enviado a su



gente para recibirme y trasladarme de inmediato a su casa, en donde me acogió con todos los honores y deferencias posibles.

Permanecí muy poco tiempo en Alejandría, porque aquí el aire es insalubre, y pocas cosas que ver; de todos modos, en esos breves días de mi estancia, visité todo aquello de interés que había, de la mano del Señor cónsul, que siempre me acompañaba, y que, como hombre culto y que ha envejecido en este país, -desde hace 15 años ejerce aquí su cargo-, me estuvo informando de todas las peculiaridades de estas tierras.

El centro de la ciudad es una ruina, y las mansiones que quedan en pie están situadas fuera de la ciudad, a la orilla del mar para facilitar el trabajo con el Puerto y las Aduanas. Las murallas son las mismas que en otro tiempo construyera Alejandro [Magno], con hermosas y macizas torres de defensa, pero todo el conjunto se está cayendo a pedazos, porque los turcos jamás reparan los viejos edificios, y cuando uno se arruina, levantan otro en su lugar, pues prefieren edificar nuevos, aunque a veces estos sean de peor calidad que los viejos, que habrían podido

condicionar con menos gastos. Así que en la actualidad la situación es tal, que las mansiones, iglesias, y el resto de los monumentos de Alejandría son una ruina total, algo que es digno de compasión. En fin, que solo se aprecian muros derrumbados, y en las calles, un polvo blanquecino insoportable procedente de la cal y las



pedras de esos ruinosos vestigios, y que, a pesar de su estado, se puede intuir que fueron magníficos y muy hermosos, por la cantidad de mármol, columnas y muy diversos y ricos ornamentos que se encuentran rotos, caídos y dispersos por todas partes.

Por cuanto os he dicho, cada vez me extrañan más los comentarios de Agathia, cuando escribe que, en su tiempo, los edificios de Alejandría no eran ni tan sólidos ni tan grandiosos, en la descripción que hace de un temblor de tierra que ocurrió allí; este comentario me parece raro, al contemplar las ruinas que aún hoy permanecen en pie, pues a la vista de esos vestigios bien cabría juzgar todo lo contrario.

Hay gran cantidad de cisternas, que abastecen de agua a la ciudad.

Lo que más admiración me ha causado ha sido la gran cantidad de cisternas que hay por todas partes, espaciosas, y tan cercanas entre sí, que bien se podría decir que la ciudad está construida en el aire, como si fuese una bóveda, sostenida por una infinidad de columnas de mármol, algo realmente digno de contemplar. Debido a que no hay ninguna fuente de agua en estos barrios, las cisternas se llenan en determinadas épocas del año, gracias a uno de los brazos del Nilo, que penetra en la ciudad mediante una red de canales subterráneos, y que, sufragado por el Príncipe, una vez al año está obligado a purificar el agua y llevarla hasta las cisternas por medio de unas norias, de las que no le voy a hablar, pues ya las describió Belonio detalladamente; aunque yo no encuentro estos ingenios tan maravillosos, ya que fue Arquímedes quien las inventó en Egipto para regar la tierra, tal y como nos lo describe Diodoro Sículo¹.

Columna de Pompeyo

También me han parecido muy interesantes dos pirámides, o dos obeliscos en forma de aguja: uno completo y bien asentado en el suelo, posiblemente más alto que el de San Pedro de Roma, y el otro, totalmente destrozado. Asimismo, fuera de las murallas de la ciudad, se puede apreciar una pequeña columna, conocida como La Columna de Pompeyo; en perfecto estado, con su capitel, basa y pedestal, y realizada con el mismo mármol que el de las pirámides, aunque mucho más alta que las del Portal de la Rotonda en Roma, y aún más que las que el Papa Pablo² mandó erigir en Santa María la Mayor, y que cualquier otra que exista en nuestro país. Desde luego hay que reconocer que es una excelente obra; pero no tengo ni la menor idea de por qué la llaman de Pompeyo, a no ser que se tratara de conmemorar la victoria que César obtuvo aquí frente a Pompeyo, y que la levantaran en su memoria. Además, he visitado la pequeña iglesia de San Marcos, que en otra época fuera la Patriarcal, y que los Cristianos Coptos, es decir, los egipcios, siguen ocupando hasta hoy.

Iglesia de San Marcos

Una palabra, *Egittio*, en la que habrá notado que puede significar *Egipcio*, y también *Guptios*, y que si se le quita la “E” del principio, y pronunciamos la “G”, como antiguamente, y la letra “I”, como si fuera una “V”: en lugar de *Guptios* o *Gubti*, como dicen los árabes; sería tal y como pronunciamos nosotros más correctamente: *Copto*. En esa misma iglesia he podido ver el lugar en donde reposó el cuerpo de San Marcos, que los venecianos se llevaron a Venecia. También he visto una cruz en una calle en donde dicen que decapitaron a este santo, y en la iglesia de Santa Catalina, una pequeña columna de mármol, sobre la que le cortaron la cabeza.

¹ **Diodoro Sículo o de Sicilia** fue un antiguo historiador siciliano, del siglo I a. C. Nació en Agrigio (hoy Agira), en la provincia romana de Sicilia. [Charles Muntz (2017). *Diodorus Siculus and the World of the Late Roman Republic*. Oxford University Press. ISBN 9780190498733] (4-01-2024).

² **Paulo V o Pablo V**, de nombre secular **Camillo Borghese** (Roma, 17 de septiembre de 1552 - 28 de enero de 1621) fue el 233 papa de la Iglesia católica entre 1605 y 1621. («Paulo V - 233° Papa de la Iglesia católica». *Vaticano*.) (4-01-2024).

*Palacio
del padre
de Santa
Catalina*

En el centro casi de la ciudad, sobre un altozano, se pueden ver las ruinas de un gran edificio antiguo, que unos afirman perteneció al padre de Santa Catalina, y otros dicen que era una iglesia en los tiempos de los cristianos; sea como sea, lo que es cierto es que es posterior a esa hermosa iglesia dedicada a San Juan, que construyeron los cristianos, a satisfacción de todo el mundo, sobre las ruinas del famoso templo de *Serapis*, mencionado por el cardenal Baronius en sus notas sobre el Martirologio, erigido bajo la supervisión de sus primitivos fundadores¹.

*Palacio de
Cleopatra*

A la orilla del mar, cerca de las murallas de la ciudad, en donde se encuentran los dos obeliscos, se pueden contemplar las ruinas de un espléndido edificio, el más destacado de todos ellos, y que se adentra mucho en el mar, con salidas y falsas puertas, para entrar y salir de la ciudad a través de las murallas. De ahí, que el Señor Cónsul me indique, que se podría inferir y tener por cierto, que en otros tiempos fuera el palacio de Cleopatra. Desde luego que así lo parece, porque esa Casa Real de Alejandría, mencionada por César en sus Comentarios, junto con el teatro, que debía estar en el lugar en que se hallan los dos obeliscos, y las salidas camufladas de la ciudad, tal y como las describe Estrabón, quedando a mano izquierda a la entrada del gran puerto, hay que reconocer que en la toda la ciudad no podía haber un emplazamiento mejor que éste. En cuanto a la Isla de Faro, de la que habla Estrabón, y todos los clásicos antiguos, ya no se la reconoce como tal, porque al estar unida a tierra firme, la consideran parte del continente, o *De cómo el paso del tiempo puede cambiar tanto las cosas* [Virgilio. Eneida.3]

*Los hombres y
las mujeres de
Alejandría van
muy bien
vestidos.*

En cuanto a sus atuendos, os puedo afirmar que, tanto en Alejandría, como en El Cairo, a lo largo y ancho de todo Egipto y Arabia, y por todas partes por las que he viajado hasta el momento, los habitantes de origen árabe o moros, como ellos dicen, y no turcos, van vestidos como nuestros pintores representan a los apóstoles, aunque con frecuencia más pobremente y sin adornos. Las mujeres también van vestidas tal y como estamos acostumbrados a que representen a la Virgen, sobre todo la de los cuadros antiguos. Aunque, para respetar la Ley de Mahoma, ellas se cubren la cara con un paño de tela, que se parece, según Belonio, al capuchón de nuestros Penitentes del Jueves Santo.

*Árboles raros y
extraordinarios*

Sería muy largo de contar describiros la miseria y pobreza de estas buenas gentes, que viven como las bestias en medio del campo, bajo jaimas o en chozas. Tampoco voy a extenderme sobre esos árboles que dan el café, ni de los sicomoros, que aquí se conocen como las higueras del faraón, y que producen unos frutos desconocidos para nosotros; así como otro tipo de fruta que he probado y que llaman *Mouz*, muy parecida su forma a la de nuestros pepinillos, pero

¹ Se refiere a uno de los antiguos templos dedicados a Serapis o *Serapeum*, construido por los antiguos egipcios.

por lo demás con un sabor más parecido al de nuestros higos; la cáscara es muy verde y tierna; pero si la peláis, el fruto de dentro es completamente blanco, y cuando se abre por la mitad, lleno de granitos rojos. Tiene un sabor agridulce, y un aroma, que no me gusta especialmente, aunque aquí sea la delicia de todo el mundo. El árbol o planta que lo produce tiene unas hojas grandes, que todas juntas vendrían a ser como una rama de palmera; de ahí que, los de este país concluyan, con poco acierto, que fue de una higuera como ésta, de donde nuestro primer padre¹ (tras su desobediencia) cogiera unas hojas para cubrir con ellas sus desnudeces.

El Sr. Della Valle abandona Alejandría para dirigirse a Rosetta.

No me voy a dedicar a hacer un herbolario de Alejandría, ni a buscar la gran cantidad de plantas que nacen aquí, y que estimamos por su rareza, porque ya lo hizo Belonio, al que me remito en todo aquello que él ha tratado con detalle; tan solo me voy a contentar con decir que tras haber saciado mi curiosidad en Alejandría, me despedí del señor Cónsul, el uno de noviembre, y nada más cenar, después de asignarme como guía a uno de sus jenízaros, partimos a caballo, con algunos camellos que transportaban nuestro equipaje, para ir a *Reseid*, o *Roseta*, una de las desembocaduras del Nilo, y a mi parecer, la antigua *Canópica*, desde donde hay que embarcarse para llegar a El Cairo, ya que el brazo del Nilo que pasa por Alejandría en la actualidad no es navegable.

El señor Cónsul me hizo el honor de darme a la mayor parte de su gente para que me acompañaran durante dos o tres millas fuera de la ciudad, pero mi séquito perdió a tres de sus miembros, porque el Padre Comisario de la Orden de San Francisco, al enterarse de que una caravana debía partir en breve hacia Jerusalén, adonde quería llegar cuanto antes para poder celebrar allí la Navidad, y sabiendo que yo no podría estar allí a tiempo, porque mi curiosidad me obligaría a quedarme unos cuantos días en El Cairo, me pidió permiso, que le acordé gustoso, para partir antes.

Generosidad del Sr. Della Valle

Además, para que no se fuera solo, como vi con la misma voluntad a mi eremita, fray Andrea, le indiqué que le hiciese compañía hasta allí, y le proporcioné los medios con los que costearse el viaje hasta Jerusalén, y después regresar a Italia sin tener que depender de socorro extranjero.

Su trujimán muere en Alejandría

De esta suerte nos dejaron dos, porque al tercero, el pobre Paolo Greco, mi trujimán, lo enterramos en Alejandría, pues mientras estábamos en Rodas, al querer valerse de remedios muy violentos para curar sus fiebres, los mismos de los que se sirven en su país, le sumergieron en un baño, según su costumbre, pero su enfermedad se agravó hasta tal punto, que no atreviéndome a exponerle a las incomodidades del viaje, le acomodé en casa de un griego, al que le recomendé encarecidamente, rogándole que cuidara de él hasta que Dios dispusiera según Su voluntad, y si llegaba a restablecerse, que le condujeran hasta Constantinopla; pero el pobre muchacho nos liberó de todos esos cuidados, ya que

¹ Se refiere a Adán.

murió antes de que partiéramos; así que nos vimos obligados a quedarnos un poco más de tiempo para rendirle las últimas honras debidas a un difunto, y hacer que le sepultaran dignamente. Su muerte no me extrañó demasiado, y ya casi la habíamos previsto, pues yo había visto morir a dos o tres mil personas diariamente en Constantinopla, muchas de ellas en el mismo barrio en el que vivía yo, alrededor de mi casa, y al que se contagiaba, la peste se lo llevaba en veinticuatro horas, e incluso en menos tiempo, de modo que tal y como os he dicho, tras guardar cama anteriormente durante seis meses, su muerte no me sorprendió en absoluto. Así pues, el muchacho encontró finalmente la paz en Alejandría, y yo partí cuando el sol estaba en su cénit, en compañía de los otros seis que me quedaban, para llegar lo antes posible a Rosetta, de la que nos separaban sesenta millas.

El Sr. Della Valle llega a Rosetta

A medio camino tuvimos que atravesar en una barca un río, que creo que se trataba de una ría de agua salada que penetraba en la tierra; pero como cuando lo atravesábamos era ya muy tarde, no pude asegurarme de esto. Llegué a Rosetta poco antes del amanecer, así que me quedé primero en casa de un italiano, el Vicecónsul encargado allí de todos los asuntos de nuestra nación. Me acosté y me quedé dormido hasta las nueve o diez de la mañana, para descansar de la fatiga del viaje. Hacia el mediodía, me fui a ver la ciudad, pequeña, pero bien poblada y llena de mercaderes, ya que se encuentra sobre una de las desembocaduras adonde llegan las mercancías que vienen de El Cairo. El Nilo pasa al pie de sus murallas, del lado de Levante, en donde forma uno de sus mayores canales; porque el otro, el más oriental, va a *Damietta*, en donde, si yo no me equivoco, estaba la llamada boca Pelusíaca, acerca de la cual os puedo decir que formaba parte de las siete desembocaduras del Nilo,

Situación de la ciudad de Rosetta

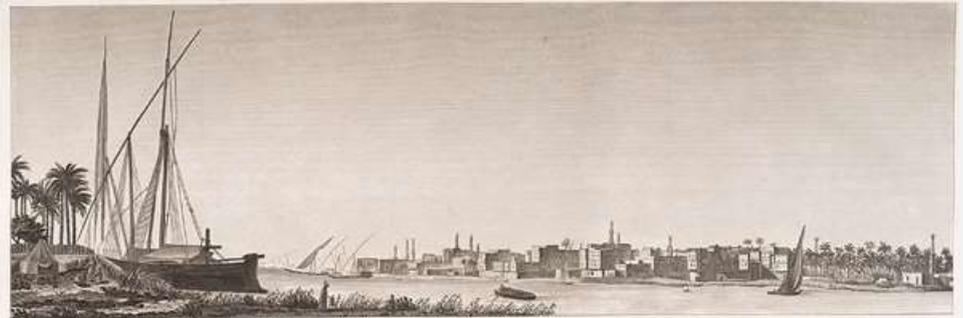
que menciona Estrabón, y todos los demás autores antiguos, pero que hoy ha desaparecido; pues en la actualidad, navegables solo quedan los dos brazos que os acabo de mencionar: aparte de que los únicos que conozco son los que descienden hacia Alejandría para rellenar las cisternas, junto con otro pequeño canal, que sería el cuarto. Las otras ramas que se mencionan en la antigüedad, o bien han desaparecido, porque ya no llevan agua, o se han convertido en pequeños arroyuelos desconocidos, que ni siquiera tienen nombre, o tal vez sean torrentes en ciertas épocas del año, durante los grandes diluvios. En fin, que no sé nada más sobre estos canales, algo que no debe extrañar, dado que durante largos años se ha abandonado su necesario mantenimiento, en el que se invertían grandes sumas, tal y como leemos en los escritores antiguos, incluso entonces había soldados destinados a vigilar y conservar las riberas y canales del Nilo, tal y como se conocía. De modo que debido a esta negligencia, seguramente el Nilo ha podido causar desde hace tiempo con sus inundaciones mil vicisitudes extraordinarias en este país, sobre todo en el bajo Egipto, al que riega por varios sitios, y todo ello, debido a la naturaleza de este río y por la cantidad de arena y limo que arrastra.

Las desembocaduras del Nilo

El canal que pasa por Rosetta es tan ancho como el Tíber.

El mismo Heródoto pensó que el Bajo Egipto, en donde los griegos de su época comerciaban y traían las mercancías, habría sido, durante los primeros siglos una prolongación de la tierra firme, y como comenta, “un regalo” de

este río; por ello el brazo que pasa por Rosetta sea quizá el más pequeño de los navegables; aunque más ancho que el Tíber, pero no mucho más profundo, pues yo no he visto en él grandes navíos, como los que se ven en Roma.



Para ir hasta El Cairo utilizan unas barcas llamadas *Germe*, ligeras y bastante espaciaosas. Yo cogí una, y el tres de noviembre me embarqué rumbo a El Cairo.

El Sr. Della Valle se embarca para ir a El Cairo.

Bogamos contra corriente por el río, pues en Egipto, un país muy llano y sin árboles, el viento no incomoda. Hicimos el trayecto en tres días y medio; unas veces a vela, y otras, cuando no había viento, con las cuerdas [tirando de la barca desde las orillas] pues para esta navegación no utilizan remos.

Algunas noches las pasamos en las aldeas que encontrábamos diseminadas a lo largo del río, pero no puedo señalar nada de importancia, a no ser los hornos para cocer ladrillos, que me trajeron a la memoria las marmitas de los hebreos, y otros hornos más pequeños y revestidos, creo yo que para fundir metales por los restos que encontré y que os mostraré a mi regreso. También me he fijado en el material que

Los egipcios apenas tienen leña para hacer fuego.

utilizan los egipcios para encender y alimentar el fuego, y que, debido a la escasez de madera, usan simplemente excrementos de buey muy aplastados, y a veces terrones de tierra expuestos al sol durante mucho tiempo.

Me ha admirado sobre manera lo que a la gente de aquí le gusta lanzarse al agua y nadar. Como tienen que atravesar el río con frecuencia, o bien solos, o con su rebaño de animales, tanto hombres como mujeres se quitan la túnica que llevan como única ropa, casi siempre de algodón azul, ancha y hasta los pies de larga, cosida a lo largo de los costados, como los trajes, y con mangas muy anchas; además, si bajo esta túnica llevan otra más pequeña, del mismo corte, también se despojan de ella; hacen un envoltorio con toda esa ropa, lo colocan sobre la cabeza, y cruzan a nado el río a una velocidad increíble; una vez llegan a la otra orilla, sin tan siquiera secarse un poco, se vuelven a poner las túnicas y prosiguen su marcha. Puedo aseguraros que a lo largo del río no veo otra cosa, y lo que me parece más extraño es que esta práctica es contraria a las costumbres de los turcos, que son de la misma secta, porque creedme, yo no he visto en ningún otro país, a tantos hombres y mujeres a los que no les importe nada mostrar así sus cuerpos. Van casi siempre desnudos, y quienes

quieran pueden verlos tal cual, pues no andan ocultando sus desnudeces. Bien es cierto que estos campesinos tienen la piel enjuta y extremadamente reseca, tan agrietada y ennegrecida por la inclemencia de los ardores del sol, que su desnudez, más que excitar, provoca tristeza al no poder ni siquiera alimentar el fuego de la concupiscencia...”

Próxima entrega: I.11.03 – Visita a El Cairo. Descripción y peculiaridades.

